

## **La Madonna della Strada**

\*

**por el Dr. Emilio G. Chávez**

<http://explicandolabiblia.com>

A finales de agosto de 1996, después de un largo período de hastío con mi carrera de abogado, me fui a Roma inspirado por mi amiga Fiorella a matricularme en la Universidad Gregoriana y a buscar hospedaje para el tiempo de mis estudios. Me sentía inspirado por Dios. Todos mis conocidos, esta vez, en vez de disuadirme de dejar una carrera por algo indefinido, me animaban; Dios mismo quería que me fuera, como me dijo mi mejor amigo, a realizar mi sueño: estudiar la Biblia en Roma. Este amigo, Jorge, me decía, “Pocas personas llegan a realizar su sueño.”

Llegué a Roma y me aceptó la Gregoriana, pero hospedaje no encontraba. Busqué y busqué, en persona, tocando muchas puertas, y nada. Iba hasta muy lejos, tomando varios autobuses, al enterarme de la más mínima posibilidad de un cuarto que alquilaban. Llamé a muchas casas de religiosos, palacios enormes y vacíos, pero sin puesto para un laico como yo. ¡Cuántas humillaciones sufrí, en manos de curas que no tenían que preocuparse por estas cosas, y que tenían poca idea de lo que yo estaba pasando! Extendí mi viaje, pero nada, y me regresé a casa muy abatido y decepcionado: ¿sería que Dios me había engañado, me había dejado engañar, para burlarse también Él de mí?

Al llegar a Miami, fui al apartamento de un buen amigo, Jaleel, y claro que le conté lo sucedido. Estaba un amigo con él, y éste se sacó de la billetera una imagen fotocopiada de lo que leí se llamaba la Madonna della Strada, Nuestra Señora de la Calle, o del Camino. Yo, siempre pesimista en estos asuntos, pensé, “A ver si me protege esta Virgen a no llegar a caer a estar en la calle,” pues de verdad que entre una cosa y otra era lo que temía. Y me regaló la imagen.

Meses y meses después, ya estaba viviendo en Roma y estudiando. Ya con las maletas hechas, con el billete de avión, pero sin saber a dónde iba a quedarme, había llamado a mi amigo dominico en México, al padre Pancho Ramos, que enseñaba en Roma, que me dijo, “Yo creo que te encontré un lugar. Pusieron un anuncio en mi universidad y llamé y yo creo que se va a dar.”

Y así fue, un “puesto” (como dicen los italianos) “bueno, bonito y barato” (como decimos los cubanos).

Un fin de semana fui a la Iglesia del Gesù, la iglesia principal de los jesuitas, en el centro de Roma, donde vivió y está enterrado san Ignacio de Loyola. Estaba repleta la iglesia; estaban todos los taxistas y obreros de la calle presentes como cofradía, pues era la fiesta de su patrona, ¡la Madonna della Strada! Después de la misa, fui a su capilla, que no conocía, y vi su venerable imagen, imagen muy antigua, del Medievo, a la cual era tan devoto san Ignacio que la hizo patrona de su Orden. También el Papa Pío XII, tan ‘romano de Roma’, iba con frecuencia a rezarle, y compuso una oración que aún se reza allí.

Descubrí quién estaba detrás de esa humilde fotocopia. Unos años más tarde, hasta restauraron la imagen, quitándole añadidos y poniéndola como era originalmente, cuando la contemplaba Íñigo de Loyola, “el peregrino.” Tuve ocasión de volver muchas veces a rezar mi rosario en su capilla; le tengo mucha devoción.

Sí, el Señor no me dejó en la calle. Probó mi fe durante muchos días, pero el deseo de estudiar su Palabra que había sembrado en mí me fortaleció para seguir adelante, sin darme por vencido. Recordé las palabras de Isaías 25:9, “Se dirá aquel día: ‘Ahí tenéis a nuestro Dios: esperamos que nos salve; éste es Yahvéh en quien esperábamos; nos regocijamos y nos alegramos por su salvación.’”